

BIBLIOTECA VIRTUAL
FUNDACIÓN  SIN FINES DE LUCRO
VICTORIA OCAMPO
fundacion@victoriaocampo.com / www.victoriaocampo.com

JORGE E. CLEMENTE

HEREJÍAS


EDITORIAL
Victoria Ocampo

Segunda Edición: 2013

© Jorge Eduardo Clemente

© Fundación Victoria Ocampo

Primera Edición: 1993

© Editorial Metáfora

ISBN: 952-99834-8-9

ÍNDICE

GÉNESIS	4
LA CULPA ORIGINAL.....	5
LA PALABRA.....	7
LA ÚLTIMA ETERNIDAD	9
EL HEREJE.....	11
LA ESPERA	15
LA PRUEBA	16
LA BELLA DURMIENTE	19
EL GESTO AUSENTE	22
EL DESCUIDO	26
MINIATURAS.....	29
LA SORPRESA.....	30
LA ESFINGE VENCIDA.....	35

GÉNESIS

En el principio, Dios juzgó que una creación justificaba el sacrificio de su eternidad. Nada existía fuera de Él hasta entonces, y sólo crear lo que es ajeno a un dios es digno de un dios. En el tiempo, hizo los cielos y la tierra; la broncínea calidez del sol, la centelleante pluralidad de las estrellas; y la vida. No en vano, el sexto día modeló al hombre a su imagen y semejanza. De esa naciente realidad dependía la realidad inasible de la creación; de su tortuosa conciencia, el indefinido contorno.

Al día siguiente, revisó cada detalle de la laboriosa estructura del cosmos que se alzaba frente a Él como un gigantesco lienzo, en el que por los siglos de los siglos quedaría plasmada su obra. Con satisfacción y con ansiedad, contempló la figura del hombre recortándose contra el pálido universo. Pero el hombre era apenas una forma; aún carente de esa esencia que trascendiendo la fragilidad de su cuerpo daría sentido a la vida, estaba tan desnudo como si le faltara su sombra.

Todos los preparativos habían concluido. Hacer que exista lo que no existirá jamás, sería la fantástica creación de Dios. Alumbrar la tiniebla sin disiparla para ver así su profunda oscuridad. Hacer posible lo imposible: crear la Nada, la sombra del universo. Sombra que sólo cobraría realidad al proyectarse en la precedera conciencia del hombre, en la íntima comprensión de su completo aniquilamiento. Por eso Dios, al octavo día, creó la muerte.

LA CULPA ORIGINAL

–¿Por qué? –preguntó Adán lleno de confusión y desconsuelo.

–Han desobedecido –le recordó Dios gravemente.

–No sabíamos que desobedecer era algo malo –se defendió Adán–. Tú no ignorabas que desconocíamos lo que era el mal. ¿Cómo esperabas, entonces, que pudiéramos entender el significado de una negación? Es absurdo. Tu advertencia fue, para nosotros, como el canto de los pájaros: tan maravillosa como incomprensible.

–Lo sé –aceptó Dios.

–Entonces, ¿por qué nos has castigado? ¿Por qué nos condenas, sin más, al sufrimiento y a la fealdad? Todo ha cambiado tanto –acentuó mirando a su alrededor–. ¿Por qué? Ya ni tu aspecto es el mismo y en tu actitud ahora... ahora creo reconocer el mal.

Dios asintió con un leve movimiento de su cabeza. No lo sorprendía ninguna de aquellas palabras. Pacientemente aguardó a que volviera el silencio y, entonces, confesó.

–Es tiempo de que sepas la verdad –dijo sin emoción–. Todo fue una farsa. La serpiente representó admirablemente su papel. Aquel fruto prohibido carecía tanto de magia como mi ira de sinceridad. Sí, no te asombres, fuiste víctima de un engaño; pero comprende, no te he creado para la inocencia. No podía dejarte abandonado a aquella felicidad, advirtiéndote sólo la cara iluminada de las cosas; embriagándote con su luz como en un hermoso sueño, en una profunda inconciencia. Debías

despertar y empezar a vivir la vida de un hombre. Era imperativo, entonces, que obtuvieras la facultad de juzgar, de juzgarlo todo, incluso a mí, como ahora te atreves a hacerlo. No por otra razón determiné que accedieras, de una vez y para siempre, al conocimiento del bien y del mal.

Por primera vez, el hombre experimentó la angustia. Ese vértigo interior que nos ahoga al asomarnos a la profundidad de nosotros mismos.

Con la tarde, la llanura se mostraba aún más sombría; y Adán sintió la brisa fría de ese atardecer sobre su piel desnuda como el alejamiento de una caricia.

—Era el único modo —prosiguió Dios y, a cada palabra, Adán fue sintiéndose más y más desamparado—. El bien sólo es apreciable en relación con el mal, pero al mal no puedes descubrirlo a menos que él te dañe primero. Por eso, te infligí un castigo que no merecías. Bien sé yo que no ha habido culpa en ti ni en tu mujer, pero era necesario hacerte sufrir; sólo mi injusticia podía enseñarte a juzgar, sólo lastimándote lograría inculcarte el conocimiento que haría de ti un hombre. Ahora has cambiado y crees que todo ha cambiado. Padeces esta tierra que antes gozabas como un paraíso. Te asusta mi apariencia y, sin embargo, sigo siendo el mismo. ¡Mírame, y mírame bien! Soy el que Es.

Adán hubiera querido cerrar los ojos, escapar de alguna manera a aquella tortuosa realidad, pero le fue imposible apartar la mirada y ya no pudo contener su emoción. Se arrojó a los pies de Dios y suplicó hasta enmudecer ahogado en un llanto inconsolable.

—Haces bien en llorar —dijo Dios con voz perfecta—. Lloro cuanto quieras, pero no esperes encontrar en mí ningún consuelo. Tus ojos necesitan de todo el espacio que pueda dejarles cada lágrima derramada. Ya eres un hombre, ahora, estás obligado a ver.

LA PALABRA

Al terminar la mañana comenzó la lluvia; una lluvia de gotas gruesas y ritmo desparejo que persistiría hasta muy entrada la noche. Apenas distante, una mujer se estremeció sorprendida por el repiqueteo del agua sobre las tejas que desgarró el silencio. Afuera, el mundo que ella pretendía tan lejano, había vuelto y la acechaba amenazante, mostrándole los dientes como un animal hambriento y feroz.

Sin moverse, revisó con la mirada los pesados cerrojos que enclaus-traban la casa. La temblorosa luminosidad de las velas ensombrecía y avejentaba el interior. Respiró lentamente. Había padecido la realidad y no dudaba que, de encontrarlos, ese mundo siempre ajeno, fascinante y brutal, los destruiría sin miramientos, tan sólo porque sí; con esa fría inconsciencia en la que, puntualmente, se deshace la otoñal hoja de un árbol.

Aún era joven y de haber quedado encendido algún espejo, hubiera reencontrado en su rostro esa severa expresión de amargura que no alcan-zaba a afearla. Pero ya no había espejos en la casa; creyendo desnudarse a jirones de su apariencia, los había destruido hacía ya mucho tiempo. Y desde entonces, sólo el fuego incesante de la chimenea continuaría multiplicando su imagen al reflejarse en el aire.

Gradualmente, el crepitar de la lluvia dejó de intimidarla y ya no lo oyó, al escuchar la voz del niño que la llamaba. Un gesto idiota le de-formaba el rostro y, con esfuerzo, entrecortando las sílabas, pronunciaba ahogadamenete la palabra mamá. Ella no disimuló la grave felicidad que

le producía el escucharlo nombrarla; sonrió y él pareció compartir su alegría; un brillo fugaz surgió desde la ausencia de su mirada y la turbia entonación de aquella palabra resonó entonces con vivacidad, como si adquiriera sentido. Emocionada, detuvo el suave vaivén de su silla y extendió los brazos. Aguardó con ansiedad: su hijo trabajosamente se le acercaba. Lo besó con ternura. Juntos conformaban el único mundo que a ella le importaba; un mundo que aunque privado de belleza y de gracia, también era ajeno al dolor y al desamparo; un mundo que por fin le era propio.

Por un instante cesó la lluvia, y el niño, boquiabierto, dejó de nombrarla. Ella no se resignó al silencio y lo alentó a proseguir, repitiendo una y otra vez la misma sílaba hasta el cansancio. Era apenas una sola palabra y, sin embargo, ya suficiente para burlarse de los azarosos e incomprensibles designios de la naturaleza. La fuerza de una sola palabra había logrado revertir el sentido de sus vidas.

Algo impreciso volvió a distraer al niño, pero esta vez su madre aceptó el silencio. “Es mejor no fatigarlo” se dijo convencida, cuidando de no pronunciar las palabras. Luego suspiró y, recostándose en su silla, cerró los ojos. No tardó en oír que la lluvia arreciaba nuevamente; sin embargo, no se inquietó: la realidad había-vuelto a antojársele muy lejana. En cierto sentido era verdad. Al menos en parte se había perdido en el pasado, junto a tantas lágrimas y desencantos. Nítidos recuerdos de ese despiadado destino que había logrado frustrar, al frustrar despiadadamente el destino de su hijo; convirtiéndolo en lo que ya nunca podría dejar de ser. Porque entendió y quiso creer que sólo ese sacrificio podría salvarlos, no dudó en confinarlo de por vida a algún oscuro rincón de su mente, degradando su presencia a la mera formalidad de llenar un angustioso vacío. En secreto, sin remordimiento, acaso por amor, lo había condenado para siempre, al conocimiento de una sola palabra.

LA ÚLTIMA ETERNIDAD

Morán salió de su rancho construido al borde de un sendero de tierra impreciso. Caminaba llenando con sus lentos movimientos el tiempo vacío de su soledad. Moran era alfarero y desempeñaba con vanidad este oficio, por haber sido el de su padre y por haber oído alguna vez, en la iglesia del pueblo, que Dios había hecho a los hombres de barro. Poco tardó en convencerse: su piel tenía la tersura y el color de la tierra.

En ese valle donde el tiempo había perdido la imaginación, Morán creía ser como Dios. En medio de su perfecta e infinita soledad, encarcelaba al espíritu polvoriento en la consistencia de una forma. Muchas veces había meditado sobre esta semejanza. Pero siempre terminaba desengañándose. “Dios no está nunca solo —sentenciaba avergonzado en cada ocasión—, nuestras almas vuelven a Él”. Y se sumergía documente en su tarea, mientras un séquito de cardones como espinosos ángeles de alas desaparejas, ascendían hacia el cielo sobre los cerros que lo rodeaban.

Aquella tarde presintió la visita. No le sorprendió ver que a lo lejos, sobre el camino de tierra, el viento modelaba con una nube de polvo una figura que se acercaba a su rancho. Una mujer desmontó de un caballo, al que obligó con un desgano golpe de fusta a seguir de largo por el sendero con el mismo ritmo con el que había llegado. Todo fue tan rápido que Moran no habría podido asegurar si, en verdad, el animal se detuvo en su carrera. Pero allí estaba la mujer. La saludó respetuosamente. Ella, sin responder, se le acercó y se apretó contra su cuerpo terroso en un abrazo leve, pero asfixiante. Casi en seguida, jugando, se apartó de él

para hacerle desear aún más su cuerpo. En esa provocativa sensualidad de movimientos, la mujer advirtió que sus ropas de montar estaban cubiertas de polvo y, sin dejar de reír, comenzó a sacudirlo.

Morán sintió entonces un vértigo profundo. Creyó que entre él y Dios ya no existía diferencia. Imaginó la sustancia de su alma semejante a la del polvo. Pensó que Dios, incapaz de interpretar esa esencia, la convertía en hombres, como él transformaba en cacharros el polvo inexpresivo. No lo alivió la posibilidad de que Dios fuera a la vez arcilla y alfarero, dividiéndose con la engañosa intención de distraerse de la soledad de ser único y eterno. De cualquier forma, la individualidad de su alma se esfumaría en un todo que sería separado y unido infinitamente. ¿En cuántas nuevas almas se perderían las partes de su alma? ¿Qué sentido tenía ya la eternidad, si él estaba hecho de tiempo?

Sobre el camino de tierra, la tarde nublaba el cielo. Moran, inmóvil, meditaba aún sobre esta absurda inmortalidad del alma, todavía impresionado por el recuerdo de aquella mujer, que momentos antes, con un gesto encantador, sacudió de sus ropas el polvo del camino, desdibujándose hasta deshacerse en el aire.

EL HEREJE

El ave primigenia y puntual que el solitario dios Oltram creara para demarcar el tiempo de los hombres, ya había sobrevolado el valle, y abandonado, tras el fin de la tierra, el incandescente nido de oro que llevara en sus garras, del que aún surgían innumerables pájaros plateados que volaban ahora bajo la protección de sus oscuras alas.

Sin dar mayor importancia a esta cotidiana peripecia de la divinidad, Jortrem se tendió en un lecho improvisado con pieles, hacía ya mucho tiempo, en la cueva que le servía de refugio. Buscando el sueño, sopló la lámpara de aceite, devolviéndole a la caverna su natural apariencia.

No durmió mucho, ya nunca lo hacía: la vejez hace que los hombres teman alejarse demasiado de la realidad. Y fue esa misma realidad, en lo que quiso ser todo su esplendor, lo que lo despertó aquella última noche.

No sin razón, se ha querido olvidar que Jortrem poseía una pequeña parcela de tierra labrantía; una humilde vivienda que había apurado con algunos troncos, piedras y barro; y a una mujer cuyo vientre le prometía un varón; pero sobre todo, que obstinadamente resignó ese destino y el de todo un pueblo, al convertirse en el más fatídico de los herejes.

Sólo yo recuerdo su historia, y a fin de darle un principio, rescataré una calurosa tarde de julio, cuando en la única calle de

la aldea, sobre el barro, Jortrem conoció en las palabras de un desconocido, la palabra de un nuevo dios en el que no creyó. ¿Cómo descreer del dios en cuyo nombre resonaría por siempre la voz de su padre? Sin embargo, permaneció ajeno a la escandalosa indignación de su gente. Una suerte de fascinación se apoderó de él. Por primera vez, Oltram dejaba de serle tan cotidiano y extraño como el agua o el aire, para presentarle un rostro definido y vital. Descubrió la sensualidad metafísica de desnudar a la divinidad en la intimidad de un concepto, y se entregó a ella por completo; mientras las piedras, más agudas y contundentes que cualquier argumento, dejaban sin respuesta al extranjero.

No me es posible precisar en qué momento Jortrem comenzó a temer que la expresión de aquellos rasgos que lo sedujeron, reflejaran menos la verdadera fisonomía del dios, que la borrosa visión de sus ojos imperfectos. Se que afirmó, aunque con otras palabras, que el verdadero dios no podía ser esa burda exajeración de hombre y, temerariamente, se lanzó a descubrir al que se esconde tras el rostro de Dios.

A partir de entonces, se sucedieron los milagros. El ritmo de las lluvias desacompañó el ritmo de las cosechas. El hambre y la peste envilecieron a los hombres antes de destruirlos. En vano se exajeraron sacrificios y ejecuciones. Una lluvia de fuego redujo la aldea a cenizas, y un estallido de agua las dispersó para siempre. Tal vez, Jortrem fue el único en no temer la cólera divina, porque descreía de ella. Aún luchó por no aceptarla, cuando impotente, vio morir a su mujer al darle ese hijo que nunca alcanzó a nacer.

No –se repitió una y mil veces–, el castigo sólo tiene sentido, como acto aleccionador, nunca final. Cómo poder creer que Dios fuera ese ser vanidoso, cruel y vengativo, al que temía su gente. No,

Dios era la perfección misma. ¿Pero cuáles eran sus cualidades? De una breve enumeración, de la que Jortrem descartó la justicia, por considerarla un deleznable instrumento humano, apenas necesario para administrar un orden social; destacó por sobre todas las otras, la bondad. Pero si Dios abarca todo lo real, el mal le es inherente o bien, carece de realidad. Jortrem prefirió esto último. Entendía que nada en la naturaleza es malo ni bueno, sino simplemente necesario; sin el sufrimiento y la muerte no sería posible la vida. Insistió en que el mal es una torpe creación del hombre, una de las tantas posibilidades de su libertad; no lo definen los actos, sino las intenciones. Existe, pero no es real porque carece de sentido, ya que tiende a su propia destrucción. Su verdadera víctima es siempre el victimario. El infierno que Jortrem concibió, más semejante al de Swedenborg que al del Dante, discrepa de ambos, en que el suyo es un infierno de esperanza. Dios juzga, pero no castiga. Los dignos alcanzan la sabiduría absoluta y la eternidad. Los otros se ven condenados, en un tiempo inmaterial, pero finito, a padecer sus propias debilidades, a menos que logren imponerse a ellas. El carecer de cuerpos sobre los que descargar su ira o satisfacer su lujuria, incrementa el odio y la envidia que los consume hasta la aniquilación. En este infierno, o se muere para siempre o se logra la salvación eterna. La decisión final siempre es del hombre.

Claro que no es por esta personal concepción teológica que me interesa rescatar a Jortrem del olvido, sino por un acto final y acaso involuntario.

Toda religión nos ofrece apenas un boceto de la divinidad, al que al igual que Jortrem, cada uno de nosotros irá definiendo a su imagen y semejanza, acentuando ciertos rasgos, desdibujando otros. No hay dos hombres que adoren al mismo dios, aunque el nombre que pronuncien sea el mismo. Sin embargo, tras esta infinitud de

formas, subsiste una esencia común: la íntima idea de que Dios superará con creces lo esperado. Ahora, imagínese lo inconcebible, que Dios, que el único y verdadero dios, sea meramente literal, que no logre trascender los apurados trazos del boceto.

Jortrem no fue el único ni el primero en enfrentar esta atroz realidad, pero sí^ acaso, el último; cuando al despertar aquella noche reconoció, con horror, a quien no había visto nunca. A ese dios para el que no había más alta virtud humana que la de adorarlo. Para el que no existía más ley que su caprichosa y contradictoria voluntad. Aquél, que siendo principio y fin de todas las cosas, pretendía disimular su imperfección, castigando en los hombres sus propios errores.

No me importa si hubo palabras entre el hombre y su dios, ni cuáles fueron. Lo que importa es que Jortrem, acaso en un desesperado intento de negar aquella ridiculización del dios que había imaginado, rió. Rió y se sintió feliz de estar riendo. Oltram, estupefacto, iracundo, levantó una mano en un gesto amenazante, pero la dejó caer sin decidirse. Asombrado, descubrió que el hombre puede reírse de todo, incluso hasta de su propio dios, que aunque sólo fuera por un instante, podía serle indiferente todo. Advirtió que había algo más allá de su poder y de su voluntad que le era desconocido y, frente al hombre que reía, por primera vez, sintió miedo.

LA ESPERA

Terminada la engañosa trama de la tela, la araña se agazapó en su centro. Durante la espera, se entretuvo retocando aquí y allá, junto a sus patas, los puntos del tejido que no lograban conformarla. De pronto, una fuerte sacudida la inmovilizó. Escondida en esa rigidez expectante, descubrió con alegría el tamaño de su presa. La seductora textura de la tela había envuelto ese movimiento tan cerca suyo que casi podía tocarlo. Con orgullo y con entusiasmo, se impulsó en lo que quiso ser un salto y sólo fue una agitación. Aturdida, enfureciéndose, se encontró prisionera en su propia trampa. Con alivio, comprobó que la otra, no hacía el menor esfuerzo por escapar. Sintió desprecio por ella; tan estúpidamente débü, tan resignada a su suerte. Por su parte, con creciente excitación, intentaba desnudarse de su tela. Pero cada vez, le era más difícil poder liberarse. Cada vez más, el cansancio robustecía la tensión de esas fibras que habían ido envolviéndole las patas por completo. La otra parecía no darse cuenta del peligro que aún la amenazaba. Con aspecto idiota, como lejana, permanecía impasible ante esos bruscos y ya débiles movimientos. Aquella tranquilidad comenzó a inquietar a la araña. Aún jadeante, advirtió que la acechaba. Con terror, la vio mas cerca y la sintió volcándose sobre ella. Algo se quebró de pronto, fue casi imperceptible; y luego, como si se hubiera astillado el aire, sólo quedó la tela.

LA PRUEBA

Su primer fracaso sorprendió a todos menos a mí. Como sumo sacerdote no me está velado el futuro; puedo descifrarlo –y no es casual– en las cenizas, en las del fuego sagrado del gran templo o en las estrellas: cenizas del sol dispersas en el cielo de la noche. Sin embargo, esta vez, mi certidumbre no se debía a oráculo alguno. Simplemente, yo era el artífice de su destino. Para salvarlo había decidido convertirme en su dios. Mi máximo deber y privilegio es juzgar, mediante una prueba, si todo joven nacido en la casta superior es digno de permanecer en ella. Y fue mi voluntad, que Antiles no pudiera superarla.

En aquel entonces, no había joven más popular en Afmaham. Su destreza física y sagacidad auguraban un intrépido general o un mesurado gobernante. Hoy, solo y despreciado, agoniza en mis brazos.

Con lucidez, previó los acontecimientos inmediatos a sus primeros fracasos. Sus amigos, muchos de ellos comprensiblemente satisfechos, lo abandonaron. Sus padres, escondiendo en la obligatoriedad de la ley su decepción y su vergüenza, no disimularon su alivio al repudiarlo. “La próxima vez...” –lo escuché murmurar ante cada nueva humillación– “la próxima vez lo lograré”. Los demás ya habían dejado de creerle. No podía culpárseles: año tras año, al enfrentarse a la prueba, su suerte era invariable. Exigido a responder a planteos insolubles, no pocas veces permaneció en silencio.

Degradado a la casta inferior, sólo más considerado que un es-

clavo, su único derecho fue poder enfrentar anualmente la prueba; su esperanza, superarla. ¡Maldita esperanza! Por ella, nunca accedió a tomar una mujer de las que le eran lícitas, ni aceptó la amistad de los que ahora eran sus iguales. Se encerró en la soledad de una vida sin afectos, sin presente; disipando el tiempo que yo le daba, en la espera de lo que nunca podría ser. Jamás se resignó al destino que forjé para él. Fue mayor su empecinamiento ante cada nuevo fracaso, ante cada gastada ofensa. ¿Por qué? La pregunta es tonta: él no me escucha... delira, y yo conozco la respuesta. He dicho que puedo vislumbrar el futuro. ¿Debo advertir, acaso, que tampoco me es extraño el asombro? La veracidad del porvenir no posee, ciertamente, mayor prolijidad que nuestra certeza del pasado: apenas, la centelleante nitidez de esporádicos hechos puntuales; en modo alguno, su desarrollo minucioso y secreto. Así fue que al arrebatarle a los dioses la vida de Antiles, Ignoraba que me sería imposible sustraer de ella el impulso fatal de su verdadero destino.

Pronto amanecerá y sé que el sol no lo deslumbrará ya más. Desde antiguo, los sacerdotes sabemos que no es el tiempo el que rige la existencia de los hombres. Como el borde filoso de un fatídico precipicio, la ineludible circunstancia que nos deparará la muerte nos aguarda; antes o después no importa, siempre será la última, siempre estará allí, esperándonos.

Todas mis esperanzas se cifraban en Antiles. Pero escrito -desde el principio- en la ordenada luminosidad de la noche, no tardé en precisar que la superación de la prueba definía el vértice de su destino. No por primera vez, una certidumbre me rebeló y blasfemé; pero por primera vez, al serenarme, continué dispuesto a que fuera la última. Con temeridad, con entusiasmo y -confeso- hasta con soberbia, pretendí hacer realidad esa humana

ilusión de ser un dios. Aquella misma noche forcé su equívoco y lo salvé de la muerte. Quise darle la oportunidad que le negaban los dioses y le otorgué un tiempo que, enceguecido, confundí entonces con la vida. Los años fueron advirtiéndome la gravedad de ese error. El no cesaba en su empeño por alcanzar todo aquello que una absurda disposición de los hombres le prohibía hasta no concretarse la circunstancia que, implacablemente, determinaba su fin. Decidí esperar. De nada hubiera valido enterarlo de su suerte. Por orgullo, me hubiese implorado la muerte o, peor, por no suplicar, hubiera destrozado su cuerpo en la obstinación de un suicidio imposible.

Ahora, ya todo terminó. ¿Para qué seguir recordando? Mi desmedida pretensión nunca dejó de ser un sueño; y como todo sueño acabará deshaciéndose en la fría luz del amanecer. Acaso la bondad nos esté vedada a los hombres. Quizás nuestra propia imperfección nos limite a la justicia; esa mezquina invención del hombre que sufre; esa apócrifa realidad urdida con equívocas leyes que como una gigantesca telaraña, atrapó a Antiles en la tortuosa espera de esa muerte que yo burlara tantas veces.

Esta noche, Antiles volvió a enfrentarse a la prueba. Al interrogarlo, no importa si con resignación o sin ella, fui justo. Y como debió haber sucedido aquella primera vez, respondió con acierto. Su alegría fue efímera. La rigidez de su cuerpo ya me pesa en los brazos y la luz de las estrellas ha comenzado a derramarse sobre el cielo del horizonte. Amanece.

LA BELLA DURMIENTE

El príncipe se abrió paso fácilmente entre las innumerables espinas que celaban el castillo, quebrando su punzante resistencia con el efecto mágico de una pequeña vara. Transpuso las murallas, y ya el ennegrecido portón de madera crujiente, cedía ante la esforzada presión de su cuerpo. El interior era incierto. Sólo algunos rayos de luz lograban filtrarse por la mata de espinas que cegaban los ventanales. Infinitas telarañas, como una niebla fría y siniestra, empañaban muebles destrozados por el tiempo y restos de tapices que cubrían las paredes con desgano. Anohecía y el príncipe se apresuró a encender la antorcha que ya había descolgado de uno de los muros. Avanzó lentamente; la oscuridad apenas se agitaba a su paso. Ruidos cercanos e invisibles lo asustaron. Las sombras, creadas por el resplandor de la antorcha, se deslizaban junto a él como negros reptiles acechantes, cuyos cuerpos se dilataban o reducían, o bien, desaparecían mágicamente. Rígido de temor, deseó poder encender la oscuridad para divisar así los seres fantásticos que imaginaba agazapados y amenazantes. Bruscamente, cambió de idea. Dedujo que si incendiaba la tiniebla, quedaría atrapado por las llamas y ardería con ella. Su primer impulso fue apagar la antorcha, pero el miedo a quedar en la más completa oscuridad lo detuvo. Padeció momentos de angustiante indecisión. Un sudor frío le empapaba el cuerpo. Por fin, con alivio, descubrió que un halo de luz se forma siempre alrededor del fuego, impidiéndole, así, abrasar la oscuridad.

Acaso con más valor, trepó una mohosa escalera de piedra y, tras perderse por intrincados corredores, entró en las habitaciones de la princesa. Conteniendo el aliento y experimentando una emoción que le era desconocida, se acercó al lecho. La luz de la antorcha creó una figura fantástica. La nítida visión de la princesa lo estremeció. Un fino camisón mugriento y arrugado vestía una piel no menos sucia y avejentada que cubría un montón de huesos. Las manos, entrecruzadas sobre el vientre, se alargaban en filosas uñas, y su rostro flácido, al carecer de dentadura, se deformaba contraído en una mueca sarcástica. El príncipe no pudo soportar aquella apariencia. Horrorizado, la negó en un grito de espanto, de desesperación, de impotencia. Creyó que el tiempo, de alguna manera, había escapado al hechizo.

Con soberbia, tendemos a sobrevalorar como verdad lo poco que alcanzamos a descubrir bajo la pronta superficie de las cosas, sin advertir que todo el horror que la realidad pueda ocultar detrás de cada hermosa apariencia no es más que otra manera suya de mostrarse; tan frágil e ilusoria como la primera; apenas la imagen de la desnudez de la imagen. El príncipe no comprendió que esa grotesca figura que lo horrorizaba no, necesariamente, debía ser menos ficticia que la desbordante fantasía en la que se hallaba inmerso. Tampoco Imaginó que pudiera ser el último efecto de ese hechizo que se rompería con un beso. Le faltó valor; ni siquiera dudó. Sólo pensó en huir y corrió atolondradamente. Resbaló en el musgo de uno de los peldaños de piedra, perdió pie, rodó escaleras abajo y desapareció en la oscuridad.

Anochece y las espinas habían vuelto a cerrar la entrada del

castillo. Han crecido tanto, desde entonces, que lo cubren por completo. Atravesarlas nuevamente siempre será un riesgo. Acaso nunca pueda encontrarse algo más que espinas.

EL GESTO AUSENTE

Un determinado día, a esa hora de la tarde en que la luna es fantasmal como la imagen de un sueño, como la imagen de un sueño se desvaneció el amor de Shiana por Azur. El joven la escuchó en silencio. Por orgullo, disimulando su profundo dolor y su amargura, se mostró impasible. Sólo elevó una mano hasta su rostro inexpresivo y con un forzado ademán, la saludó. Abandonó la casa con tristeza. Caminó calle arriba, indiferente a un grupo de niños que pasó corriendo frente a él, y a una hermosa mujer que lo ignoró. Desde la terraza, Shiana lo contempló a la creciente distancia, indefinidamente inquieta, como si buscara una imagen que debería haber visto y no vio.

Oficial del ejército real, al alba, Azur partía hacia la frontera para luchar contra los mimas. La orden, que un día antes recibiera disciplinadamente, la cumplía, ahora, con ansiedad: la guerra distraería su dolor o le pondría fin para siempre.

Con esperado valor, fue de los primeros en lanzarse al ataque. Los que le igualaban el paso íue-ron cayendo a destiempo desgarrados por las flechas. Durante el combate, que persistió hasta el ocaso, mil espadas enemigas buscaron inútilmente su sangre; como si un mágico sortilegio lo protegiera, no lograban tocarlo. Con igual habilidad -o hechicería- eludió el inflexible acoso de las lanzas y la plural tensión de los arqueros. En nada lo alegró este supuesto favor de los dioses: ya había descubierto con terror su propia impotencia: su espada ni siquiera alcanzaba a tajar aquellos

cuerpos; sus furiosas estocadas se ridiculizaban en el aire. Con desesperación comprobó que el milagro era perfecto: nadie advertía su suerte.

Durante aquellos imprecisos días de campaña, en vano aguardó alguna exigencia de sus superiores; en vano pretendió ser obedecido. Adivinó, sin comprender, que ya no compartiría el honor de la victoria; ni siquiera, la vergüenza de la derrota.

Dócilmente se entregó a la soledad y al silencio, intuyendo, acaso, que en la soledad se suavizan los filosos bordes de la soledad; que en esa lejanía aún es posible imaginarse en la memoria de quienes ya nos han olvidado. Y así, entre recuerdos, no tardó en ceder su apariencia a los rigores del desierto y de su suerte, y el cuidado bigote exageró en una barba tupida y sucia que a nadie molestó.

Días iguales se sucedieron, hasta que una noche, bajo la tenue claridad de una luna incompleta, vio a varios oficiales que, borrachos y embravecidos por una sufrida derrota, se divertían castigando con crueldad a una de las prisioneras. Intentó salir en su defensa, pero nada pudo hacer por detenerlos. La mujer, acurrucada sobre la arena, gemía lastimosamente. No fue por mucho tiempo, uno de los golpes, no el último, al fin la acalló para siempre. Azur gritó de rabia, y en su desesperación, volvió a enfrentar a sus compañeros. Ninguno de ellos se dio por aludido; se alejaron riendo, sin rencor y sin remordimiento. Azur bajó los brazos, se dejó caer de rodillas sobre la arena hecha ceniza en la noche y, por primera vez, se atrevió a llorar. ¿Hasta cuándo debería soportar tan cruel ensañamiento de los dioses? ¿Por qué, de pronto, se lo juzgaba indigno de provocar la muerte o prolongar la vida? ¿Si al menos pudiera acabar con la suya! Pero no, las consecuencias de sus actos se desvanecían en el aire. A nadie afectaba y nadie contaba con él. Se deslizaba entre los hombres como un fantasma: ajeno a la vida, pero condenado a deambular por ella.

Esa misma noche desertó; su ausencia no se advertiría jamás. Caminó hacia el norte hasta que las noches fueron cálidas y dejó que la luna se derritiera lentamente como un trozo de hielo, antes de decidir volver a Baharam.

Su regreso fue tan anónimo como su partida. Resueltamente se encaminó hacia la casa de Shiana. Una extraña fuerza lo impulsaba a querer verla de nuevo; y se dejó llevar, mintiéndose que deseaba hacerlo por última vez. Ya había divisado la puerta cuando la vio salir acompañada por su padre. La miró y ella sintió sus ojos. De inmediato lo reconoció y la conmovió su gesto de dolor y de amargura. Hubo un instante en el que pareció que ambos se acercarían y tomarían sus manos. Pero Shiana no se atrevió a interrumpir la marcha de su padre y Azur, al intentar abordarla, fue embestido por un mercader agitado que lo insultó alejándose presuroso. Sorprendido, ya desacostumbrado, Azur movió la cabeza buscando en todas direcciones alguna respuesta. Una mujer que contemplaba la escena le sonrió con simpatía. Impresionado, estremeciéndose, Azur comprendió que ya no estaba solo; que había vuelto a ser evidente. Nunca supo por qué. Jamás dilucidó que había reencontrado su destino; el destino que perdiera cuando por orgullo, interrumpió la preestablecida secuencia que debía cumplirse paso a paso; que no podía eludir detalle alguno, ni siquiera un gesto. Ese gesto de dolor que ya no pudo reprimir frente a Shiana. Ese mínimo gesto cuya ausencia conmovió definitivamente a la divinidad. Porque aunque imperceptible para los hombres, el futuro de los hombres ya no era el mismo. Otros destinos habían ido deteniéndose paulatinamente al no concretarse los preestablecidos encuentros con el destino de Azur. Estos a su vez, demoraban a otros que pronto detendrían a otros más. Día a día, nuevos hombres comenzaban a actuar y a relacionarse por su propia voluntad y albedrío. Y si bien, un acto, una palabra, un gesto, bastaría para encausarlos nuevamente en la rígida trama que la divinidad les había determinado, pronto alguna nueva omisión volvería a

liberarlos. El hombre, como siempre, continuaría esforzándose por atravesar el infinito vacío que separa su soledad de la soledad de otro hombre. Pero para los dioses ya nada era igual: repentinamente se habían visto condenados a la angustiante incertidumbre de lo novedoso: el futuro de los hombres les es, ahora, imprevisible.

Parado en mitad de la calle, Azur veía como Shiana se alejaba. Una vez más, la distancia esfumaría el contorno de su cuerpo hasta convertirlo en recuerdo. Junto a él pasó una hermosa mujer a la que ignoró.

EL DESCUIDO

Ansioso por reentrarse en palacio, el rey forzó la marcha de su cabalgadura por el vertiginoso sendero de una montaña. Igual impaciencia lo había animado a adelantarse a su ejército, llevando por toda escolta a sólo uno de sus siervos que, pesadamente armado y exhausto se apuraba tras él. El camino era largo, y la distancia, que ya comenzaba a desmedirse en los esforzados pasos del animal y del hombre, se dilatava bajo el furioso sol del verano.

El alto resplandor los cegaba. Un antiguo derrumbe mezquinó la senda y el hombre que corría trastabilló. En vano se agitó en el aire quieto y sofocante: el instintivo impulso por recuperar el equilibrio, sólo acrecentó el vigor de la caída. El rey lo oyó gritar. Miró hacía atrás. Lo vio desbordar el camino y alcanzar a aferrarse a una pronunciada saliente del peñasco. Al hombre, debilitado por el impuesto rigor de la marcha, le fue imposible superar por sí mismo la gravedad de su suerte. Jadeante, suplicó el auxilio de su rey, pero este no se inmutó; ni siquiera detuvo el paso de su caballo. Entendía que el destino de todo un reino dependía de la celeridad de su viaje, por lo tanto, la vida de aquel miserable no valía la mínima fracción de su tiempo.

El hombre que pendía sobre el abismo lo vio alejarse. Ya el borde filoso de la piedra le ensangrentaba las manos.

Al rey, sin embargo, su empecinamiento no lo llevó muy lejos.

Asustado por un amenazante cimbrear en la maleza, su caballo lo echó por tierra. Encolerizado, insultó al animal y ya comenzaba a incorporarse cuando el erguido acecho de una serpiente lo detuvo. Inmóvil, con los ojos muy abiertos, maldijo en voz baja la estupidez de su siervo. Tan torpemente había desperdiciado la vida que ahora debería estar ofreciendo por su rey. Una vida demasiado valiosa, sin duda, para haberla dejado en manos de aquel infeliz. Ahora estaba solo frente a la muerte. Su intimidad lo aterró. En silencio, imploró el favor de los dioses. Los invocó mediante toda fórmula conocida. Suplicó y hasta lloró al advertir que el temblor de su cuerpo lo traicionaba, y acabó por lanzar un grito de horror y de furia al sentir como un latigazo en la pierna.

La luz perfecta no cegó su ojos, pero sí lo deslumbró la imponente majestuosidad que revelaba. Tan fantástica visión lo intimidó. Dócilmente aceptó su destino. Infirió que la divinidad debía juzgarlo tan despreciable como lo era un siervo para su rey.

–Te equivocas – lo asustó la voz de uno de los dioses que de la nada apareció frente a él–. De haber advertido el peligro que te acechaba, no habiéramos demorado en acudir en tu auxilio.

Aquellas palabras y la profunda humildad con la que fueron dichas, reanimaron al rey que, poco a poco, recuperó su natural impaciencia y el severo tono de su voz.

–¿Que no habéis advertido mi suerte? –remarcó iracundo–. Una y otra vez imploré vuestra ayuda. Mi voz era la voz de un rey y ¿no la habéis escuchado?

–Mucho nos avergüenza que así haya sido – afirmó el dios con suavidad–. Ahora, nada puede hacerse por remediarlo.

Fuera de sí, el rey pateó el piso y lo increpó gritando:

– Vuestra negligencia es intolerable. ¿Cómo habéis podido, así, sin más, obviar vuestra grave responsabilidad?

El dios lo miró con dulzura, y sin enojo respondió:

– Comprende, nos distrajo la urgencia de socorrer a tu siervo.

MINIATURAS

I

Tras corroborar lo afirmado por ambos litigantes, cuyos testimonios se contradecían, el Juez los hizo compadecer ante él y les dijo.

-Lo que ha dicho cada uno de ustedes es cierto, por lo tanto, ninguno dijo la verdad.

II

Ameref caminaba junto a su maestro cuando se detuvo frente a un mendigo que tiritaba de frío en la noche y le brindó su capa. Luego corrió hasta alcanzar a su maestro, quien lo amonestó severamente.

- ¿Es que de nada ha valido cuanto traté de enseñarte?

Ameref lo miró perplejo y preguntó:

-¿Es que mi acción ha sido mala?

-Mala no -le respondió el maestro-, torpe e indigna de un hombre sabio.

Como Ameref no comprendía, continuó:

- Ahora eres tú el que tiritas de frío. ¿En qué has mejorado la realidad? En nada. Ven, acaso esta noche aprendas algo.

Y atrayéndolo hacia él, extendió su capa para que los abrigara a ambos mientras continuaban su camino.

LA SORPRESA

A Diego Clemente

Todo persistió en silencio: nadie respondió a su llamado; alguien, sin embargo, había olvidado echarle cerrojo a la puerta y, al advertirlo, decidió entrar. Con insistencia palpó las rugosas paredes en busca de una llave de luz que no existía. Ya resignado a la temblorosa llama de un fósforo, se aventuró por un corredor al que la oscuridad pretendía ahondar infinitamente y, que un poco más allá, se bifurcaba al precipitarse al sótano por una empinada escalera de piedra.

Aún no dejaba arriba el último escalón cuando los relieves del sótano comenzaron a definirse con progresiva nitidez: una creciente luminosidad se encendía en el aire. En segundos, ninguna oscuridad perduró, ya ni siquiera una sombra se proyectaba. Aunque sorprendido, entrecerró los ojos a esa ubicua claridad cada vez más intensa y apenas si advirtió que la débil llama del fósforo se extinguía, quemándole los dedos. El furioso resplandor se aquietó. Demoró en acostumbrar sus ojos a la luz.

No estaba asustado, pero al volverse, un nuevo asombro lo estremeció. En lugar de la escalera por la que había descendido, encontró que se había alzado una pared. No perdió tiempo en buscar alguna puerta: no tardó en descubrir que no la había. Respiró profundamente. Descreyó de la posible existencia de algún pasaje secreto escondido en los

muros. Asombrosamente había quedado encerrado y decidió inferir que sólo en lo asombroso hallaría la salida.

Miró a su alrededor. Sobre paredes opuestas, dos altos espejos se enfrentaban. Oblicua y minuciosamente, estudió en sus limpias superficies la decreciente repetición de unos pocos muebles cubiertos de polvo y, al fin, sonrió satisfecho. Todo objeto se reflejaba contradictoriamente, desnudando, con provocativa incoherencia, sólo el reverso de su imagen. Y no era, por cierto, un mero efecto creado por el simétrico enfrentamiento de los espejos: en aquella reiteración infinita, las cosas proyectaban sólo una de sus caras. Él mismo se contempló de espaldas, y de espaldas se vio alejarse a medida que se acercaba. Extendió una mano hacia el azogue que no la reflejó, y no pudo tocarlo. En aquellos espejos, ninguna superficie definía imagen alguna. Las cosas los poblaban literalmente, en una fantástica profundidad. Estuvo a punto de penetrar en ella cuando a la visión de su imagen se interpuso la de un hombre también de espaldas. Giró hacia él y aunque el verlo lo reanimó, no pudo evitar increparlo con brusquedad.

-¿Qué milagro es todo esto?

El otro, que era un anciano, se mostró tan sorprendido como él. No respondió en seguida, sino que preguntó:

-Pero... ¿qué hace usted aquí? No debería haber entrado.

-Eso ya lo sé, y me disculpo. Ahora sólo quiero salir de aquí. No me gustaría permanecer por siempre en el interior de estos espejos.

-No lo comprendo -dijo el anciano mirando a su alrededor-, aquí no hay ningún espejo. -y sin dar tiempo a ser desmentido, preguntó-: ¿Cree usted en el diablo? -y se apuró a responder por él- No, claro que no, hoy en día ya nadie cree en esas cosas. ¡Necios, no saben lo que les espera!

El otro se quedó mirándolo. Aquellas palabras lo persuadieron a dominar su impaciencia. Prefirió mostrarse condescendiente y preguntó.

–¿Y usted, no teme al infierno?

–¡Ah...! –exclamó el anciano satisfecho de haber despertado el interés del otro–. Le he temido mas que nadie, pero ya no me asusta –y añadió en voz baja, como revelando un secreto–. He logrado escapar de él para siempre.

Durante unos segundos, ninguno de los dos agregó una palabra; hasta que al fin el anciano prosiguió.

–Verá: hace ya mucho tiempo negocié la eternidad de mi alma con el diablo. Sí, no me mire de esa manera, sé lo que está pensando, pero se equivoca; le aseguro que lo que digo es tan cierto como que estamos aquí los dos, y lo estaremos para siempre.

–”Espere, espere, déjeme continuar, de lo contrario jamás podrá entender lo que sucede. Hace ya más tiempo del que pueda imaginar, yo creía ser un mago. No era peor que los otros, es cierto, pero como todos desconocía el secreto de la verdadera magia. Tal vez fuera yo el más ambicioso, quizás no haya sido el único, lo cierto es que me fue ofrecida la posibilidad de obtenerla. No titubeé un segundo en dar a cambio mi alma. Una oferta ventajosa, sin duda, teniendo en cuenta que no estaba dispuesto a cederla así sin más. Mi plan era sencillo: apenas me fuera confiado el secreto, no demoraría en otorgarme la inmortalidad, y que vinieran luego a reclamar por mi alma. Por suerte, advertí a tiempo mi estupidez. Oportunamente, detuve mi mano en el aire: eternizarse en un cuerpo ya es el infierno.

–”Está bien, no se impaciente, ya llego a lo que es importante que sepa. Desde entonces gocé, y no me arrepiento, de todo placer

no sólo posible, sino imaginable. Sólo la certeza del terrible final que me aguardaba impedía que aquella felicidad fuera perfecta. Sabía que a pesar de mi persistente juventud, la vida se me haría intolerable.”

El otro ya no pudo reprimirse y señaló:

–No sé si habrá logrado vencer ese temor, pero en cuanto a su juventud, según veo, ha podido derrotarla por completo.

El anciano que no comprendió de inmediato, se quedó mirándolo por un momento antes de echarse a reír.

–Tendría que haberme visto hace apenas un instante –y encogiéndose de hombros agregó–. He venido aquí a morir y quise hacerlo tal como soy. Además, no esperaba encontrar espectadores.

–Muy bien –acentuó el otro–. Los dos tenemos cosas que hacer, así que le agradecería mucho si me indicara cómo salir de aquí.

El anciano apretó los labios, volvió a encogerse de hombros y precisó negando con la cabeza.

–No hay salida posible, eso es lo que trato de decirle. De lo contrario, ¿Cree, usted que me atrevería a morir? Verá, por años busqué la manera de escapar a la certeza del infierno. Muchas veces llegué a pensar que tal empresa era imposible. No por nada, les había sido indiferente el que un simple hombre como yo accediera a la Magia. Me fue otorgado el poder de un dios, sí, pero no su inspiración. Al principio, creí que todo estaba perdido, pero luego comprendí que tenía el tiempo a mi favor y esperé. Por fin aquella inspiración se presentó. Guiado por las precisiones topológicas de un tal Moebius, di con la respuesta: lo que haría posible la salida era el que no hubiera salida posible. De ahí en más, no me fue difícil construir este refugio. Físicamente consta de un sólo lado, porque el reverso de cualquiera de estas paredes es

la pared que la enfrenta, el otro lado del techo es el piso y lo que usted ha confundido con espejos, no es más ni menos que el marco de una única puerta. Puede uno atravesarla cuantas veces quiera, pero siempre se estará dentro, como esta luz que usted ha encendido.

El otro lo interrumpió, midiendo cada palabra que pronunciaba. La obstinación del anciano lo enfurecía, pero sabía que por la fuerza no obtendría absolutamente nada. Apostó su suerte a rebatir aquel absurdo por el absurdo.

—Lo que no entiendo —dijo pausadamente—, es qué seguridad puede brindarle este refugio. Dice usted que no hay salida posible y, sin embargo, es evidente que la entrada está abierta a cualquiera. De qué sirve encerrarse en una jaula por temor al tigre, si el tigre puede entrar cuando le plazca.

—Le aseguro —respondió el anciano, a quien ya comenzaba a fatigarlo el aire enrarecido— que él no vendrá. Este es el lugar más seguro para mi alma como, tal vez, lo sea para la suya. Él podrá invocarlas cuantas veces quiera, pero nunca las atraerá, ya que al atravesar las paredes volverán a introducirse aquí, una y otra vez, infinitamente, por toda la eternidad. ¿Cree usted que él vendría a buscarme? ¿Para qué? ¿Para quedar encerrado aquí por siempre? Su ira será terrible, lo sé. Pero entenderá que no tiene elección. Pensar que pueda preferirme al universo es absurdo.

—¡Absurdo, completamente absurdo! —gritó el otro con los ojos encendidos— Pero se te olvidó advertirme y hoy vine a buscarte.

LA ESFINGE VENCIDA

“Nuestra opinión es que la respuesta completa y final del enigma de la Esfinge está en la palabra Edipo. Era el propio Edipo quien cumplía las condiciones del enigma.”

THOMAS DE QUINCEY

En los comienzos del mito, la Realidad vio contenida la multiplicidad de sus formas en la apretada simbología de una esfinge. Sin asombro, se tendió felinamente sobre la desolada tierra de Tebas, y una mueca de impaciencia inquietó su desafiante boca de mujer. En nada la seducía este nuevo y vano esfuerzo del hombre por poseerla: sabía que ninguna sensualidad impulsaba ese deseo; que jamás dejaría de horrorizarlo su franca desnudez. De ahí, que insistiera en maquillar la aspereza de su piel con afeites cada vez más inciertos. Contempló despectiva el abigarrado contorno de su sombra. ¡Siempre el hombre! Inhábil aprendiz de demiurgo que apenas accedía a esta prestidigitación elemental, nada lograba más allá de una pueril mutación de la forma y, sin embargo, esa mísera parte, en su locura, pretendía abarcar al todo y dominarlo.

El sol aún buscaba la tarde, cuando la sombra de un hombre oscureció su rostro de esfinge. Alzó la mirada y vio miedo en los ojos que la miraban. Sin ansiedad, formuló el enigma. Tras un largo y quieto silencio, el hombre fatalmente respondió.

Aún triunfante, la Realidad alcanzó la altura del monte en donde debía encontrarla el hombre predestinado. Lo aguardó sin temor y sin sueño, pero en aquella espera, algo, por primera vez, comenzó a inquietarla. No era, por cierto, el saberse prontamente derrotada; todo triunfo del hombre es efímero: Edipo apenas lograría despojarla de ese ridículo disfraz de esfinge. No, lo que la perturbaba era la certeza del reencuentro. Porque esta vez, Edi-

po fracasaría al aceptar ciegamente una culpa ilusoria. ¡Siempre ese querer ver fantasmas en donde sólo hay muertos! Como si a los hechos pudiera transformarlos la emoción. Apremiado nuevamente por ella, descubriría que había cegado la vida de su padre y encendido, una vez más, el deseo en la de su madre. ¿Y qué? ¿Acaso el fuego no se origina e inflama en la materia que destruye? No, este hombre no era mejor que los otros. Estúpidamente creería, ver en la intrascendencia de sus actos una razón para el comportamiento superior. Como nunca, se sintió hastiada del humano complejo de divinidad de estas criaturas que nacen creyéndose dioses y mueren como hombres; y mientras viven, fantasean un protagonismo irreverente. Incapaces de milagro alguno, ansían dignificarse por la culpa. Si son apenas algo más que nada, al menos quieren creer que son ellos la causa de lo poco que son.

¿Respondería semejante hombre con acierto? Aunque impreciso en aquel punto, el oráculo era inapelable: esa misma tarde sería derrotada por Edipo. “Bueno... –intentó tranquilizarse– después de todo, el mundo de los hombres es un mundo de apariencias, no es extraño que Edipo alcance a verse reflejado en el enigma, que de algún modo logre reconocerse...”

En ese instante, una incomprensible sensación se apoderó de ella. ¿Y si la respuesta de Edipo no fuera “el hombre”, si afirmara equivocadamente: “yo, Edipo”?

A todo triángulo lo abarca el concepto de triángulo; sin embargo, no cualquier hombre es el hombre. La validez de aquella respuesta dependía de que Edipo alcanzara la vejez, lo cual la obligaba a darse por vencida aún ante su silencio. Era absurdo. Aceptar como verdadera tal respuesta era lo mismo que afirmar que cualquiera lo era. Inconcebible. No, Edipo respondería lo que debía y no otra cosa, pero... ¿y si no lo hacía? ¿Cuál sería entonces la verdad?

Estaba confundida. Después de todo, era el hombre el destinado a descifrar la verdad, no ella que, era sólo su expresión. Pero,

entonces, ¿por qué dudaba? ¿Por qué aquellos seres insignificantes lograban trastornarla tanto? Cuando un animal devora a otro, en nada perturba el dinámico equilibrio del cosmos, pero basta que un hombre se aferré a un sueño, para convulsionarlo todo, sin importarle que esa mentida realidad multiplique los peligros que lo acechan. Ahí está Edipo nuevamente, arrancándose los ojos, menos por reprocharse el no haber visto lo que se le ocultó, que por no soportar la visión de lo que ahora se le revela.

Siempre igual. Por incapacidad de ver las cosas como son, o por insatisfacción al descubrirlas, el hombre escapa de ellas para refugiarse en la ficticia seguridad de una creencia. A la distancia, sólo retocadas imágenes reflejan borrosamente ese mundo que pretende negar. Todo hecho, por insignificante que sea, deviene de una sucesión causal que lo supera y determina. Pero cuando este hecho afecta a un hombre, a esa minúscula parte con vocación de absoluto, lejos de ser aceptado, se lo cuestiona. ¿Por qué así y no de otro modo? ¿Por qué a mí y no a otro? Y desde esta perspectiva interior, la casualidad no es menos cierta que lo causal.

Por primera vez la Realidad advirtió la magnitud del protagonismo del hombre: su absurdo comportamiento da sentido al absurdo. Por errada que sea su interpretación del mundo, actúa en consecuencia, y las consecuencias de sus actos suelen ser tan contundentes como una verdad. Edipo asumiría una culpa inexistente sí, pero su dolor sería real. La parte jamás podrá abarcar al todo, pero cuando la parte se determina a sí misma, el todo se ve condicionado permanentemente por ella.

Aquel vértigo se ahondó con la sombra de un hombre que oscureció su rostro de esfinge. Alzó la mirada y, con ansiedad, reconoció los ojos que la miraban. Luego hubo un largo y quieto silencio; y temblor en la voz que formuló el enigma.